

DIDO Y ENEAS

VIRGILIO: *ENEIDA* (selección de los libros I, IV y VI)

LIBRO I

Introducción

Canto las armas y a ese hombre que de las costas de Troya
llegó el primero a Italia prófugo por el hado y a las playas
lavinias, sacudido por mar y por tierra por la violencia
de los dioses a causa de la ira obstinada de la cruel Juno,
tras mucho sufrir también en la guerra, hasta que fundó la ciudad 5
y trajo sus dioses al Lacio; de ahí el pueblo latino
y los padres albanos y de la alta Roma las murallas.
Cuéntame, Musa, las causas; ofendido qué numen
o dolida por qué la reina de los dioses a sufrir tantas penas
empujó a un hombre de insigne piedad, a hacer frente 10
a tanta fatiga. ¿Tan grande es la ira del corazón de los dioses?

La ira de Juno

Hubo una antigua ciudad que habitaron colonos de Tiro,
Cartago, frente a Italia y lejos de las bocas
del Tíber, rica en recursos y violenta de afición a la guerra;
de ella se dice que Juno la cuidó por encima de todas las tierras, 15
más incluso que a Samos. Aquí estuvieron sus armas,
aquí su carro; que ella sea la reina de los pueblos,
si los hados consienten, la diosa pretende e intenta.
Pero había oído que venía una rama de la sangre troyana
que un día habría de destruir las fortalezas tirias; 20
para ruina de Libia vendría un pueblo poderoso
y orgulloso en la guerra; así lo hilaban las Parcas.
Eso temiendo y recordando la hija de Saturno otra guerra
que ante Troya emprendiera en favor de su Argos querida,
que aún no habían salido de su corazón las causas del enojo 25
ni el agudo dolor; en el fondo de su alma
clavado sigue el juicio de Paris y la ofensa de despreciar
su belleza y el odiado pueblo y los honores a Ganimedes raptado.
Más y más encendida por todo esto, agitaba a los de Troya
por todo el mar, resto de los dánaos y del cruel Aquiles, 30
y los retenía lejos del Lacio. Sacudidos por los hados
vagaban ya muchos años dando vueltas a todos los mares.
Empresa tan grande era fundar el pueblo de Roma.
Apenas daban velas, alegres, a la mar alejándose de las tierras
de Sicilia y surcaban con sus quillas la espuma de sal 35
cuando Juno, que guarda en su pecho una herida ya eterna,
pensó: «¿Desistiré, vencida, de mi intento
y no podré mantener apartado de Italia al rey de los teucros?
En verdad se me enfrentan los hados. ¿No pudo quemar Palas

la flota de los griegos y hundirlos a ellos mismos en el mar, 40
 por la culpa y la locura de uno solo, de Áyax Oileo?
 Ella fue quien lanzó de las nubes el rápido fuego de Jove
 y dispersó las naves y dio la vuelta al mar con los vientos;
 y a él mientras moría con el pecho atravesado de llamas
 se lo llevó en un remolino y lo clavó en escollo puntiagudo. 45
 Y yo, reina que soy de los dioses y de Júpiter
 hermana y esposa, contra un solo pueblo tantos años ya
 hago la guerra. ¿Acaso alguien querrá adorar
 el numen de Juno o suplicante rendirá honor a sus altares?»

La tempestad

En su pecho encendido estas cuitas agitando la diosa 50
 a la patria llegó de los nimbos, lugares preñados de Austros furiosos,
 a Eolia. Aquí en vasta caverna el rey Éolo
 sujeta con su mando a los vientos que luchan y a las tempestades
 sonoras y los frena con cadenas y cárcel.
 Ellos enfurecidos hacen sonar su encierro del monte 55
 con gran ruido; Éolo se sienta en lo alto de su fortaleza
 empuñando su cetro y suaviza los ánimos y atempera su enojo.
 Si así no hiciera, en su arrebato se llevarían los mares sin duda
 y las tierras y el cielo profundo y los arrastrarían por los aires.
 Pero el padre todopoderoso los escondió en negros antros, 60
 eso temiendo, y la mole de un monte elevado
 puso encima y les dio un rey que con criterio cierto
 supiera sujetar o aflojar sus riendas según se le ordenase.
 Y a él entonces Juno se dirigió suplicante con estas palabras:
 «Éolo (pues a ti el padre de los dioses y rey de los hombres 65
 te confió calmar las olas y alzarlas con el viento),
 un pueblo enemigo mío navega ahora por el mar Tirreno,
 y se lleva a Italia Ilión y los Penates vencidos.
 Insufla fuerza a tus vientos y cae sobre sus naves, húndelas,
 o haz que se enfrenten y arroja sus cuerpos al mar. 70
 Tengo catorce Ninfas de hermoso cuerpo,
 de las que Deyopea es quien tiene más bonita figura;
 la uniré a ti en matrimonio estable y haré que sea tuya,
 para que por tus méritos pase todos los años
 contigo y te haga padre de hermosa descendencia.» 75
 A lo que Éolo repuso: «Cosa tuya, oh reina, saber
 lo que desees; a mí aceptar tus órdenes me corresponde.
 Tú pones en mis manos este reino y me ganas el cetro y a Jove,
 tú me concedes asistir a los banquetes de los dioses
 y me haces señor de los nimbos y las tempestades.» 80
 Luego que dijo estas cosas, golpeó con su lanza el costado
 del hueco monte y los vientos, como ejército en formación de combate,
 por donde se les abren las puertas se lanzan y soplan las tierras con su torbellino.
 Cayeron sobre el mar y lo revuelven desde lo más hondo,
 a una el Euro y el Noto y el Ábrego lleno 85

de tempestades, y lanzan vastas olas a las playas.
 Se oye a la vez el grito de los hombres y el crujir de las jarcias;
 las nubes ocultan de pronto el cielo y el día
 de los ojos de los teucros, una negra noche se acuesta sobre el ponto, 90
 tronaron los polos y el éter reluce con frecuentes relámpagos
 y todo se conjura para llevar la muerte a los hombres. [...]

Entretanto Neptuno advirtió por el ruido tan grande que el mar se agitaba,
 se desataba la tormenta y el agua volvía de los profundos abismos 125
 y, gravemente afectado, miró desde lo alto
 sacando su plácida cabeza por encima del agua.
 Ve por todo el mar la flota deshecha de Eneas,
 y a los troyanos atrapados por las olas y la ruina del cielo;
 y no se le escaparon al hermano las trampas y la ira de Juno.
 Así que llama ante él al Céfiro y al Euro, y así les dice: 130
 «¿A tanto ha llegado el orgullo de la raza vuestra?
 ¿Ya revolvéis el cielo y la tierra sin mi numen, vientos,
 y os atrevéis a levantar moles tan grandes?
 y recorre la cresta de las olas con sus ruedas ligeras. [...]

Así habla, y antes de decirlo aplaca el mar hinchado
 y dispersa el montón de nubes y vuelve a traer el sol.
 Cimótoe y Tritón intentan a la vez sacar las naves
 del filoso escollo; las alza él con su propio tridente 145
 y abre las vastas Sirtes y serena el mar
 y recorre la cresta de las olas con sus ruedas ligeras. [...]

Llegada a las costas de Libia (África)

Los agotados Enéadas intentan ganar a la carrera
 las costas más próximas y se dirigen hacia las playas de Libia.
 Hay un lugar en una profunda ensenada y, ofreciendo sus costados,
 una isla lo hace puerto rompiendo contra ellos cuanta ola 160
 viene del mar, que se divide en arcos de reflujo.

Aquí y allá vastos roquedales y farallones gemelos
 amenazan al cielo, bajo la cima de los cuales calla
 en gran extensión un mar seguro; se añade por encima un decorado
 de selvas relucientes y se alza un negro bosque de horrible sombra. 165

Una gruta se abre enfrente, de colgantes escollos;
 dentro, aguas dulces y sitiales en la roca viva,
 morada de Ninfas. Se sujetan aquí las naves cansadas
 sin maroma alguna, no las ata el ancla con su curvo mordisco.
 Aquí llega Eneas con las siete naves que reunir pudo 170
 del número total, y desembarcando con gran ansia de tierra
 toman los troyanos posesión de la anhelada arena
 y tienden en la playa los cuerpos de sal entumecidos.

Y primero Acates le hizo brotar al pedernal la chispa
 y prendió con ella unas hojas y puso alrededor 175
 árido alimento y raudo sacó del pábulo la llama.

Luego, cansados de fatigas, sacan el alimento de Ceres
que el agua empapó y las armas cereales y se aprestan
a tostar en las llamas la comida rescatada y a entregarla al molino.
Trepas mientras Eneas al acantilado y revisa a lo lejos 180
cuanto se ve del mar, por si divisar puede a alguno
arrastrado por el viento, y las birremes frigias, a Anteo
o a Capis o las armas de Caíco en lo alto de sus popas.
Ninguna nave a la vista, observa sin embargo a tres ciervos
vagando por la playa; sigue por detrás entera 185
la manada y pace larga formación por los valles.
Se detiene entonces y empuña al punto el arco y las veloces
flechas, las armas que el fiel Acates le llevaba,
y abate los primeros a los que van delante con la cabeza erguida.
de cuernos como árboles, después a la tropa y alborota 190
a toda la manada acosándolos con sus disparos en el espeso bosque;
y no paró hasta que, vencedor, siete hermosos ejemplares
pone en el suelo, hasta igualar el número de naves;
luego vuelve al puerto y entre todos los compañeros los reparte.
Distribuye después el vino que el buen Acestes había puesto en orzas 195
Y les había entregado el héroe cuando dejaban la costa trinacria,
y consuela sus afligidos corazones con estas palabras:
«Compañeros míos (pues que no ignoramos lo que son desgracias),
cosas más graves, habéis sufrido, y a éstas también un dios pondrá fin.
Habéis pasado ya la rabia de Escila y los escollos que resuenan 200
fuertemente, y conocéis también las piedras del Cíclope:
recobrad el ánimo y deponed ese triste temor,
que quizá hasta esto recordaremos un día con gusto.
Entre diversas fatigas, entre tantas circunstancias adversas
buscamos el Lacio, donde nos muestran los hados 205
sedes apacibles; allí renacer deben los reinos de Troya.
Aguantad y guardaos para tiempos mejores.»
Así dice, y aunque graves cuitas lo afligen,
simula esperanza en su rostro, guardando en su pecho una pena profunda. [...]

Súplica de Venus por su hijo Eneas

Y habían ya acabado cuando Júpiter de lo alto del éter,
mirando el mar velero y las tierras que se extienden
y las costas y los dilatados pueblos, así se detuvo 225
en la cima del cielo y clavó sus ojos en los reinos de Libia.
Y a él que revolvía en su pecho cuitas tales,
afligida y llenos de lágrimas sus ojos brillantes,
se dirige Venus: «Oh, tú que gobiernas con poder eterno
las cosas humanas y divinas y aterrorizas con el rayo. 230
¿Qué delito tan grande ha podido cometer mi Eneas
contra ti? ¿Cuál los troyanos que ven cerrarse ante Italia
el orbe entero de las tierras cuando tantas muertes han sufrido?
Cierto es que has prometido que de aquí al correr del tiempo
saldrían los romanos, de aquí los caudillos de la sangre de Teucro 235

que bajo su poder tendrían el mar y las tierras todas.
 ¿Qué pensamiento, padre mío, cambiar te ha hecho?
 Sólo eso en verdad me consolaba de la caída de Troya
 y sus tristes ruinas, compensando con otros unos hados adversos;
 pero ahora la suerte sigue igual para unos hombres a quienes tantas 240
 desgracias han sacudido. ¿Qué límite marcas, rey soberano, a sus fatigas? [...]
 ¿Es éste el premio a la piedad? ¿Así nos repones en el trono?»
 El sembrador de dioses y de hombres, sonriéndole,
 con el rostro con el que el cielo serena y las tormentas, 255
 libó los besos de su hija, y luego le dice:
 «Deja ese miedo, Cíterea, que intacto permanece para ti
 el sino de los tuyos; verás la ciudad y las prometidas murallas
 de Lavinio y llevarás, sublime, hasta las estrellas del cielo
 al magnánimo Eneas; que no ha cambiado mi opinión. 260
 Éste (lo diré, pues esa cuita te devora,
 claramente y dando vueltas removeré los arcanos del destino),
 te librá en Italia una gran guerra y a pueblos feroces
 golpeará e impondrá a sus hombres leyes y murallas,
 hasta que el tercer verano le vea reinando en el Lacio 265
 y pasen tres inviernos desde la derrota de los rútuos.
 En cuanto a su hijo Ascanio, al que ahora se da el sobrenombre
 de Iulo (que Ilo era mientras de Ilión la fuerza se sostuvo),
 ha de cumplir con su poder treinta grandes giros
 del paso de los meses, y de la sede de Lavinio trasladará 270
 su reino, y ceñirá de fuertes murallas Alba Longa.
 Aquí se reinará trescientos años completos
 por la raza de Héctor, hasta que Ilia, princesa sacerdotisa,
 preñada de Marte le dará con su parto una prole gemela.
 Después, contento bajo el rubio manto de una loba nodriza 275
 Rómulo se hará cargo del pueblo y alzaré las murallas
 de Marte y por su nombre le dará el de romano.
 Y yo no pongo a éstos ni meta ni límite de tiempo:
 les he confiado un imperio sin fin. Y hasta la áspera Juno,
 que ahora fatiga de miedo el mar y las tierras y el cielo, 280
 cambiará su opinión para mejor, y velará conmigo
 por los romanos, por los dueños del mundo y el pueblo togado.
 Así lo quiero. Al correr de los lustros llegará un tiempo
 en que la casa de Asáraco someterá a esclavitud a Ftía
 y la ilustre Micenas y mandará en la vencida Argos. 285
 Nacerá troyano César, de limpio origen, que el imperio
 ha de llevar hasta el Océano y su fama a los astros,
 Julio, con nombre que le viene del gran Iulo.
 Lo acogerás, segura, tú en el cielo cuando llegue cargado
 con los despojos de oriente; también él será invocado con votos. 290
 Con el fin de las guerras más suave se hará el áspero siglo:
 la canosa Lealtad, y Vesta y Quirino con su hermano Remo
 darán sus leyes, y serán cerradas las sanguinarias puertas de la Guerra
 con trancas reforzadas y con hierro; dentro, impío, el Furor

sentado sobre sus armas crueles y atado con cien nudos 295
 de cadenas a la espalda rugirá erizado con su boca de sangre.»
 Esto dice, y envía desde el cielo al que Maya engendró
 a que se abran las tierras y los nuevos alcázares de Cartago
 acojan a los teucros, para que no los rechace de sus tierras
 Dido, ignorando el destino. Vuela aquél por el cielo abierto 300
 con el impulso de sus alas y se presenta raudo en las costas de Libia.
 Y ya cumple las órdenes y rinden los púnicos su fiero corazón
 porque el dios lo quiere, y la que más la reina aguarda
 a los troyanos con ánimo sereno y bondadosa mente.

Venus aconseja a Eneas. Historia de Dido

El piadoso Eneas, en esto, dando muchas vueltas en la noche, 305
 apenas nació la luz sustentadora, decidió salir
 y explorar los nuevos lugares, las costas que ganaron con el viento,
 e indagar quién las habita (como no ve cultivos),
 si hombres o fieras, y traer exacta noticia a sus compañeros.
 En una quebrada del bosque, bajo el hueco de una roca sus naves 310
 oculta entre árboles y sombras de espanto.
 Y él se marcha sólo con la compañía de Acates
 apretando en sus manos dos lanzas de ancho filo.
 En medio del bosque se le presentó su madre con los rasgos
 y el aspecto de una doncella, y con las armas de una doncella 315
 espartana, cual fatiga la tracia a sus caballos
 Harpálice, o al Hebro alado sobrepasa corriendo;
 pues presto el arco lo llevaba colgado de sus hombros
 según la costumbre de caza y dejaba flotar al viento sus cabellos,
 desnuda la rodilla y la ropa suelta recogida en un nudo. 320
 Y habló la primera: «¡Eh, jóvenes! Decidme si de las mías
 habéis visto a alguna, de mis hermanas, vagando por aquí
 con la aljaba y con la piel de lince llena de manchas,
 o siguiendo a gritos la carrera de un jabalí espumante.»
 Así Venus, y así de Venus el hijo comenzó por su parte: 325
 «Ni hemos oído ni hemos visto a ninguna de tus hermanas.
 ¿Cómo he de llamarte, muchacha?, pues no tienes cara
 de mortal ni suena tu voz como la de los hombres, oh diosa sin duda
 (¿quizá hermana de Febo o una de la sangre de las Ninfas?).
 Sé feliz y ojalá, seas quien seas, alivies nuestra carga 330
 y nos digas por fin bajo qué cielo, a qué lugar del mundo
 hemos ido a parar. Ignorantes del lugar y de sus hombres
 vagamos, por el viento y el vasto oleaje aquí arrojados.
 Hará caer nuestra diestra muchas víctimas ante tus altares.»
 Venus entonces: «En verdad no me creo digna de tales honores. 335
 Llevar aljaba es costumbre de las muchachas de Tiro
 y anudar en alto sus piernas a coturnos de púrpura.
 Tierra de púnicos es la que ves, tirios y la ciudad de Agénor,
 y las fronteras con los libios, pueblo terrible en la guerra.
 Tiene el mando Dido, de su ciudad tiria escapada 340

huyendo de su hermano. Larga es la ofensa, largos
 los avatares; mas seguiré lo más sobresaliente de la historia.
 De ésta el esposo era Siqueo, el hombre más rico en oro
 de los fenicios, y lo amó la infeliz con amor sin medida,
 desde que su padre la entregara sin mancha y la uniera con él en primeros 345
 auspicios. Pero el poder en Tiro lo ostentaba su hermano
 Pigmalión, terrible más que todos los otros por sus crímenes.
 Y vino a ponerse entre ambos la locura. Éste a Siqueo,
 impío ante las aras y ciego de pasión por el oro,
 sorprende a escondidas con su espada, sin cuidarse 350
 del amor de su hermana; su acción ocultó por mucho tiempo
 y con mentiras y esperanzas vanas engañó a la amante afligida.
 Pero en sueños se le presentó el propio fantasma de su insepulto
 esposo, con los rasgos asombrosamente pálidos;
 las aras crueles descubrió y el pecho por el hierro 355
 atravesado, y desveló todo el crimen secreto de su casa.
 La anima luego a disponer la huida y salir de su patria,
 y saca de la tierra antiguos tesoros escondidos,
 ayuda para el camino, gran cantidad de oro y de plata.
 Conmovida por esto preparaba Dido su partida y a los compañeros. 360
 Acuden aquellos que más odiaban al cruel tirano,
 o que más le temían; de unas naves que dispuestas estaban
 se apoderan y las cargan de oro. Se van por el mar
 las riquezas del avaro Pigmalión; una mujer dirige la empresa.
 Llegaron a estos lugares, donde ahora ves enormes murallas 365
 y nace el alcázar de una joven Cartago,
 y compraron el suelo, que por esto llamaron Birsa,
 cuanto pudieron rodear con una piel de toro.
 Mas, ¿qué hay de vosotros? ¿De dónde habéis llegado
 o a dónde os dirigís?» A quien tal preguntaba, aquél 370
 entre suspiros y sacando la voz de lo hondo del pecho:
 «¡Oh, diosa! Si hubiera de empezar desde el principio
 y tiempo tuvieras de escuchar los anales de nuestras fatigas,
 antes encerraría Véspero al día en el Olimpo.
 Desde la antigua Troya, y puede que el nombre de Troya 375
 haya llegado a tus oídos, sacudidos por mares diversos,
 por azar, una tormenta nos lanzó a las costas de Libia.
 Yo soy Eneas piadoso que, arrancados al enemigo, mis Penates
 llevo en mi flota conmigo; mi fama es conocida más allá del cielo.
 Busco Italia, mi patria, y desciende mi raza del supremo Jove. 380
 Me lancé al mar de Frigia con dos veces diez naves,
 en pos de mi destino, bajo la guía de mi divina madre.
 Siete apenas han sobrevivido al castigo de las olas y del Euro.
 Yo mismo, desconocido y necesitado, vago por los desiertos de Libia, 385
 expulsado de Europa y de Asia.» Y no consintió Venus
 que más se quejase, y así dijo, interrumpiendo su dolor:
 «Seas quien seas, y ya que has llegado a esta ciudad tiria,
 no creo que consumas las auras de la vida odiado por los dioses.

Así que prosigue y vete desde aquí a los umbrales de la reina.
 Pues que han vuelto tus amigos y que tu flota ha vuelto 390
 te anuncio, y que al cambiar los Aquilones está en seguro,
 si es que mis padres no me enseñaron mal a leer los augurios.
 Mira dos grupos de seis cisnes volando en formación alegres,
 a quienes dejando la región del éter el ave de Júpiter
 turbaba a cielo abierto; ahora en larga fila ya parecen 395
 elegir una tierra o mirar desde lo alto la elegida:
 igual que en su retorno juegan aquéllos con alas estridentes
 y recorren en círculo el cielo y lanzan su canto,
 no de otra forma tus naves y tus jóvenes
 o han entrado ya en puerto o buscan su boca a toda vela. 400
 Así que prosigue, y, por donde te lleva el camino, dirige tus pasos.»
 Dijo, y relució su nuca de rosa al darse la vuelta,
 y desde lo más alto exhalaban sus cabellos de ambrosía
 un olor divino; cayó su vestido hasta los mismos pies
 y se marchó con el andar de una diosa verdadera. Entonces 405
 reconoció aquél a su madre que escapaba y así la siguió con la voz:
 «¿Por qué tan a menudo, también tú cruel, te burlas de tu hijo
 con falsas imágenes? ¿Por qué no se me da juntar mi diestra
 con la tuya y oír y devolver palabras de verdad?»
 Éste fue su reproche y encaminó sus pasos hacia las murallas. 410
 Pero Venus cubrió con una sombra oscura a los caminantes
 y derramó la diosa a su alrededor un manto de niebla,
 para que nadie pudiera verlos y nadie tocarlos,
 o urdir un retraso o las causas inquirir de su llegada. [...]

Eneas y Acates llegan a Cartago. Allí ya conocen lo sucedido en Troya

Reemprendieron entretanto su camino, por donde avanza el sendero,
 y ya subían ala colina que mucho asoma por encima
 de la ciudad y ve desde lo alto el alcázar de enfrente. 420
 Se asombra Eneas de la mole, cabañas otro tiempo,
 se asombra de las puertas y del ir y venir por las calzadas.
 Se afanan con fiebre los tirios: unos trazan la muralla
 y levantan la fortaleza y hacen rodar las piedras en sus manos;
 otros eligen un lugar para su techo y lo rodean de un surco; 425
 leyes están dictando los jueces y el senado sagrado.
 Unos aquí excavan el puerto; otros preparan profundos
 cimientos para el teatro y sacan enormes columnas
 de las rocas que habrán de decorar la escena futura.
 Igual que las abejas al entrar el verano por los campos floridos 430
 se afanan bajo el sol, sacando fuera las crías ya adultas
 de la especie, o espesando la líquida miel
 o hinchando las celdillas con el dulce néctar,
 o toman la carga de las que van llegando o en formación cerrada
 de la colmena arrojan al perezoso rebaño de los zánganos; 435
 hierve el trabajo y de la miel se escapa un olor a tomillo.
 «Afortunados los que ven sus murallas alzarse»,

exclama Eneas de la ciudad contemplando los tejados.
 Encerrado en la niebla (asombra decirlo) se mete
 en el centro y se mezcla a la gente sin ser visto. 440
 Un bosque se alzaba en el corazón de la ciudad, de sombra amenísima,
 donde, arrojados por el torbellino y las aguas, sacaron
 del suelo los púnicos la primera señal que Juno soberana
 les había mostrado: la cabeza de un brioso caballo; que habría de ser
 por los siglos un pueblo famoso en la guerra y próspero en la paz. 445
 Aquí levantaba la sidonia Dido un templo enorme
 a Juno, opulento de ofrendas y del numen de la diosa,
 y para él se alzaban sobre la escalinata dinteles de bronce y vigas
 con bronce trabadas, y chirriaban en sus goznes las puertas de bronce.
 En este bosque por primera vez el insólito espectáculo disipó 450
 su temor, y se atrevió Eneas por primera vez a esperar
 salvación y a más confiar en medio de la adversidad.
 Y así, mientras todo contempla al pie del templo enorme,
 esperando a la reina, mientras contempla absorto de la ciudad
 cuál sea la suerte, y las brigadas de obreros y el esfuerzo 455
 de los trabajos, ve por orden las luchas de Troya
 y las guerras que había divulgado la fama por todo el orbe,
 y a los Atridas y a Príamo y con ambos al cruel Aquiles.
 Se detuvo, y entre lágrimas dijo: «¿Qué lugar, Acates,
 qué región de la tierra no está llena de nuestras fatigas? 460
 Mira Príamo. Aquí también se premia la virtud,
 lágrimas hay para las penas y tocan el corazón las cosas de los hombres.
 Deja ese miedo, que esta fama alguna ayuda habrá de reportarte.»
 Dice así y alimenta su ánimo con la pintura inane
 entre grandes gemidos, y humedece su rostro inagotable río. 465
 Pues veía cómo por aquí escapaban los griegos peleando
 de Pérgamo alrededor, acosados por la juventud troyana;
 por aquí los frigios, al perseguirles con su carro Aquiles empenachado.
 Y no lejos de allí las blancas velas de las tiendas de Reso
 reconoce entre lágrimas: entregadas al sueño primero, 470
 el hijo de Tideo las llenaba de sangre en gran carnicería
 y se lleva al campamento los fogosos caballos antes de que
 probasen los pastos de Troya y bebieran del Janto.
 En otra parte Troilo escapando tras perder sus armas,
 pobre muchacho en desigual combate con Aquiles, 475
 los caballos lo arrastran y cuelga caído del carro vacío,
 sujetando las riendas sin embargo; nuca y cabellos
 le arrastran por el suelo, y escribe en el polvo con la lanza vuelta.
 Mientras tanto, las mujeres de Ilión subían al templo
 de Palas inicua, sueltos los cabellos, un peplo 480
 a ofrecerle suplicantes, tristes y golpeándose el pecho con las palmas,
 y la diosa les daba la espalda, en el suelo clavados los ojos.
 Tres veces había arrastrado Aquiles el cuerpo de Héctor
 en torno a los muros de Troya y lo cambiaba sin vida por oro.
 No pudo más, y deja escapar un gemido de lo hondo del pecho, 485

cuando los despojos, cuando el carro y cuando el cuerpo de su pobre amigo
y a Príamo tendiendo sus manos inermes contempla.
También él se vio, mezclado con los príncipes de los aqueos,
y el ejército de la Aurora y las armas del negro Memnón.
Guía la marcha de las amazonas de escudos lunados 490
Pentesilea, que arde enloquecida entre millares,
con áureo ceñidor bajo el pecho descubierto,
guerrera, doncella que se atreve a combatir contra hombres.

Llega la reina Dido, que acoge amistosamente a los troyanos

Mientras contempla todo esto el dardanio Eneas maravillado,
mientras se queda absorto atento sólo a lo que ve, 495
la reina hacia el templo, la bellísima Dido,
se encamina con numeroso séquito de jóvenes. [...]
Y a las puertas de la diosa, bajo la bóveda del templo 505
se sentó sobre alto sitio rodeada de sus armas.
Impartía justicia y leyes a los hombres y la tarea de las obras
distribuía en partes iguales o dejaba a la suerte,
cuando de pronto Eneas ve llegar entre gran concurso
de gente a Anteo y a Sergesto y al valiente Cloanto 510
y a algunos otros teucros a quienes negro tornado
había dispersado por el mar, lanzándolos a otras orillas.

[...]
Luego que entraron y se les permitió hablar delante de todos, 520
de este modo comienza el gran Ilioneo, con pecho sereno:
«Oh, reina, a quien Júpiter ha dado fundar una nueva ciudad
y en justicia que frenaras a pueblos soberbios.
Los pobres troyanos, batidos por los vientos de todos los mares,
te suplicamos: aleja el fuego maldito de nuestras naves, 525
perdona a un pueblo piadoso y vigila de cerca nuestras cosas.
Que no hemos venido a debelar con la espada los Penates
de Libia, ni a llevar a la costa un botín apresado;
no somos de ánimo guerrero ni es de vencidos soberbia tamaña.

[...]
Un rey teníamos, Eneas; más justo que él no hubo otro
ni de mayor piedad, ni más grande en la guerra y las armas. 545
Si los hados protegen a este hombre, si se alimenta del aura
etérea y no duerme aún en las sombras crueles,
no cabe miedo alguno, ni habrá de pesarte el cumplir
la primera con nosotros. Ciudades tenemos en la región de los siglos
y armas, y el famoso Acestes de sangre troyana. 550

Permítasenos arrastrar a tierra la flota que desarboló el viento
y reparar su madera en los bosques y cortar nuevos remos,
y, si es posible, recobrados nuestros amigos y nuestro rey,
buscar Italia y gozosos dirigirnos a Italia y al Lacio;

[...]
Brevemente entonces, la cabeza inclinada, habla Dido:
«Sacad el miedo de vuestro corazón, teucros, dejad esas cuitas.

Lo difícil de la situación y el que el reino sea nuevo tales cosas
me obligan a tramar y a defender con guardias todo mi suelo.
¿Quién no ha oído hablar de la estirpe de Eneas y la ciudad de Troya, 565
de su valor y sus hombres o de las llamas de guerra tan grande?
Que no tenemos los púnicos corazones tan endurecidos
ni tan lejos de la ciudad tiria unce el Sol sus caballos.
Así que, tanto si ansiáis la grandeza de Hesperia y los campos saturnios
como el suelo de Érice y el reino de Acestes, 570
os dejaré marchar protegidos por mi auxilio y podréis disponer de mis recursos.
¿Que preferís quedaros conmigo en pie de igualdad en mi reino?
La ciudad que estoy levantando vuestra es; varad vuestras naves;
ninguna distinción habré de hacer entre tirio y troyano.
Y ojalá que en alas del mismo Noto llegase también 575
Eneas, vuestro rey; al punto enviaré por las playas hombres
de confianza y haré que recorran los confines de Libia,
por si anda perdido por algún bosque o ciudad.»

Eneas y Acates se presentan ante Dido

Con el ánimo recobrado por estas palabras, el fuerte Acates
y el padre Eneas también, impacientes, ardían por salir 580
de la nube. Y Acates el primero interroga a Eneas:
«Hijo de diosa, ¿qué opinión se alza en tu pecho?
Todo estás viendo a salvo, y recobrados los amigos y la flota.
Sólo uno falta, a quien nosotros mismos vimos perderse
en medio de las olas; responde lo demás a las palabras de tu madre.» 585
Apenas acabó de hablar cuando se abre la nube
de repente, y se esfuma disipándose por cielo abierto.
Allí apareció Eneas y en una blanca luz resplandeció,
con la cara y el cuerpo como un dios; que su misma madre
había insuflado al hijo brillante cabellera y la luz púrpura 590
de la juventud y en sus ojos alegres resplandores:
como añaden las manos adornos al marfil o como de rubio oro
se engarza la plata o la piedra de Paros.
Así entonces se dirige a la reina y a todos de repente,
inesperado, dice: «Aquí me tenéis, soy quien buscáis. 595
Soy el troyano Eneas, rescatado del oleaje libio.
Oh, tú, la única en apiadarse de las fatigas indecibles de Troya,
que a nosotros, restos de los dánaos, agotados por mar y tierra
de toda clase de calamidades, de todo privados,
a tu ciudad y a tu casa nos asocias. No podemos, Dido, 600
darte las gracias que mereces, ni puede todo el pueblo troyano,
perdido como está y disperso por el ancho mundo.
Mas los dioses a ti, si algún numen vela por los piadosos, si es que
algo queda de justicia y una inteligencia que sabe lo que es justo,
digna recompensa habrán de darte. ¿Qué siglos tan felices 605
te vieron nacer? ¿Qué padres tan grandes así te engendraron?
Mientras hacia el mar corran los ríos, mientras recorran las sombras
las quebradas de los montes, mientras estrellas alimente el cielo,

permanecerá siempre el honor y la gloria de tu nombre,
sea cual sea la tierra que me llama.»

[...]

Sin aliento se quedó la sidonia Dido, por la visión primero,
después por tanta desventura del héroe y así habló con su boca:
«¿Qué desventura, hijo de la diosa, en medio de tan grandes peligros 615
te persigue? ¿Qué fuerza te arroja a riberas salvajes?
¿No eres tú aquel Eneas que la madre Venus al dardanio
Anquises le engendró junto a las aguas del frigio Simunte?
Y recuerdo muy bien que Teucro vino a Sidón
expulsado de la tierra de su padre, buscando un nuevo reino 620
con la ayuda de Belo; andaba entonces mi padre Belo
asolando la rica Chipre y a su poder, vencedor, la tenía sometida.
Pues ya desde aquel tiempo me era conocida la ruina
de la ciudad troyana, y tu nombre, y los reyes pelasgos.
Él mismo, un enemigo, hablaba de los teucros con la mayor alabanza 625
y se pretendía descendiente de una antigua estirpe de teucros.
Así que vamos, jóvenes, entrad en nuestras casas.
Que a mí también fortuna parecida quiso traerme,
sacudida por fatigas sin cuento, por último a esta tierra;
no aprendo a ayudar al malhadado sin conocer la desgracia.» 630
Así dice, y conduce al tiempo a Eneas a los techos
reales y al tiempo ordena sacrificios en los templos de los dioses.
Y envía a la vez a los compañeros de la playa no menos
de veinte toros, cien erizados lomos
de enormes cerdos, cien corderos bien cebados con sus madres, 635
presentes y gozo del día.
Y se dispone con lujo de reyes el interior del palacio,
espléndido, y preparan los banquetes en las habitaciones:
telas trabajadas con esmero y de soberbia púrpura,
muchas plata en las mesas y, labradas en oro, 640
las valerosas hazañas de los padres, la sucesión larguísima
de batallas que tantos guerreros libraron desde el antiguo origen de la raza.
Eneas (pues no deja descansar a sus pensamientos su amor
de padre) envía por delante a las naves rápido a Acates,
que cuente a Ascanio todo esto y a la ciudad lo traiga; 645
todo el cuidado de su querido padre se pone en Ascanio.
Presentes además salvados de la ruina de Troya
manda traer, un vestido bordado con dibujos de oro
y un velo festoneado en acanto azafrán,
ornato de la argiva Helena que había traído ella 650
de Micenas al venir a Pérgamo y a unos prohibidos
himeneos, maravilloso regalo de su madre Leda;
y el cetro además que un día llevara Ilione,
la mayor de las hijas de Príamo, y para el cuello un collar
de perlas, y una doble corona de oro y de gemas. 655
Cumpliendo a toda prisa cubría Acates el camino a las naves.

Una artimaña de Venus

Pero la Citerea nuevas mañas, nuevos planes urde en su pecho, para que con la caray el cuerpo del dulce Ascanio Cupido se presente y encienda con sus regalos la pasión de la reina, y meta el fuego en sus huesos. [...]	660
Así que con estas palabras se dirige al alígero Amor: «Hijo mío, mi fuerza, mi gran poder, el único que despreciar puede los dardos tifeos de tu excelso padre, en ti me refugio y suplicante tu ayuda reclamo. Que tu hermano Eneas anda en el mar sacudido por todas las costas a causa del odio de la acerba Juno, lo sabes muy bien y a menudo de nuestro dolor te doliste. Ahora lo retiene la fenicia Dido y lo entretiene con blandas palabras, y me temo a dónde puede conducirlo la hospitalidad de Juno: no dejará pasar ocasión como ésta. Por eso estoy planeando conquistar antes a la reina con engaños y ceñirla de fuego, para que no cambie por algún otro dios y conmigo se vea atada con un gran amor a Eneas. [...]	665
Tú, por no más de una noche, toma su aspecto con engaño, y, niño, como eres, viste los conocidos rasgos del niño de modo que, cuando te tome en su regazo felicísima Dido entre las mesas reales y el licor lieo, cuando te dé sus abrazos y te llene de dulces besos, le insufles sin que lo advierta tu fuego y la engañes con tu droga.» Obedece Amor las palabras de su madre querida y las alas deja y toma gozoso los andares de Iulo.	670
Venus por su lado plácida quietud vierte por los miembros de Ascanio, y en sus brazos la diosa lo lleva a los altos bosques de Idalia, donde la suave mejorana lo perfuma y lo envuelve con sus flores y su dulce sombra. Iba ya obediente al mandato Cupido y llevaba los reales presentes a los tirios, alegre con la guía de Acates. Al llegar, la reina se instaló por fin en un lecho de oro con soberbios tapices y se puso en el centro, y ya el padre Eneas y ya la juventud troyana se presentan y se colocan sobre asientos de púrpura. Presentan los criados agua a las manos y el fruto de Ceres reparten en cestas y paños ofrecen de flecos cortados. Dentro hay cincuenta criadas a cuyo cuidado está la provisión ordenada de las viandas y quemar perfumes a los Penates; otras cien y otros tantos servidores de la misma edad para colmar de viandas las mesas y servir las copas. No faltan tampoco los tirios, que en gran número acuden al alegre palacio; se les pide descansar en cojines bordados y admiran los regalos de Eneas, admiran a Iulo, el rostro resplandeciente del dios y sus fingidas palabras,	685
	690
	695
	700
	705
	710

y el vestido y el velo bordado de acanto azafrán.
 En especial la infeliz fenicia, rendida a la perdición que acecha,
 no puede saciar su corazón y se abrasa mirando,
 y por igual la emocionan los presentes y el muchacho.
 Éste, luego que se colgó de los brazos y el cuello de Eneas 715
 y colmó el gran amor de su falso padre,
 busca a la reina. Ella con los ojos, con su corazón todo
 se le prende y lo atrae a su pecho, ignorante Dido
 del dios terrible que se sienta en sus rodillas, desdichada. [...]
 Pidió en ese momento la reina una pesada pátera de oro
 y de gemas y la llenó de vino puro, como Belo y todos
 desde Belo solían; luego se hizo el silencio en la sala: 730
 «Júpiter, pues dicen que está a tu cargo el derecho de hospitalidad,
 ojalá permitas que sea éste un día alegre para los tirios y cuantos
 salieron de Troya, y que de él se acuerden nuestros descendientes.
 Que nos asista Baco, dispensador de goces, y Juno benigna;
 y vosotros, tirios, celebrad esta reunión con alegría.»
 [...] 735
 Pasaba también la noche en animada charla
 la infeliz Dido, y un largo amor bebía,
 preguntando una y otra cosa sobre Príamo, una y otra sobre Héctor; 750
 ya con qué armas se había presentado el hijo de la Aurora,
 ya cómo eran de Diomedes los caballos, ya por la figura de Aquiles:
 «Ea, mi huésped; comienza por el principio y cuéntanos»,
 dijo, «las trampas de los dánaos y las desgracias de los tuyos
 y tu peregrinar; pues ya es el séptimo verano 755
 que vagar te ve por todas las tierras y los mares.»

LIBROS II y III: *Eneas relata la caída de Troya, cómo pudo escapar con su padre Anquises y su hijo Ascanio, y cómo vagaron por el Mediterráneo durante siete años sufriendo muchas fatigas en busca de una nueva patria.*

LIBRO IV

Mas la reina hace tiempo, atormentada de grave cuidado,
 con sangre de sus venas alimenta su herida y ciego ardor la devora.
 El gran valor del héroe acude a su ánimo y la gloria
 muy grande de este pueblo; se clavan en su pecho sus rasgos
 y palabras y no deja el cuidado a su cuerpo el plácido descanso. 5
 Y recorría las tierras la Aurora siguiente
 con la luz de Febo y había alejado del cielo la húmeda sombra
 cuando así se dirige, fuera de sí, a su hermana del alma:
 «Ana, querida hermana, ¡qué ensueños me desvelan y me angustian!
 ¡Qué huésped tan extraordinario ha entrado en nuestra casa! 10
 ¡Qué prestancia la suya! ¡Qué fuerza en su pecho y en sus armas!
 Ciertamente creo, y mi confianza no es vana, que es de dioses su raza.
 El temor delata al pusilánime. ¡Ay, qué sino
 lo zarandeó! ¡Qué combates librados narraba!

Si no estuviera en mi ánimo, fijo e incommovible,	15
el propósito de a nadie unirme en vínculo matrimonial,	
luego que mi primer amor me engañó, frustrada, con la muerte;	
si no me hubiera hastiado del tálamo y la antorcha nupcial,	
a esta sola infidelidad habría podido tal vez sucumbir.	
Ana (te lo diré, sí) después del desgraciado destino de mi esposo	20
Siqueo y de que la trágica muerte de mi hermano manchase mis Penates,	
sólo éste ha doblado mis sentidos y ha empujado mi lábil	
corazón. Reconozco las huellas de una vieja llama.	
Mas antes querría que la tierra profunda se abriera ante mí,	
o que me lanzase el padre omnipotente a las sombras con su rayo,	25
a las pálidas sombras del Erebo y a la noche profunda,	
antes, Pudor, que profanarte o romper los juramentos que te hice.	
Aqué!, el primero que con él me unió, se llevó mis amores;	
que los tenga consigo y los guarde en su sepulcro.»	
Habló así, y llenó su regazo de impetuosas lágrimas.	30
Responde Ana: «Oh, más querida para tu hermana que la luz,	
¿te desgarrarás sola, afligida, en mocedad eterna,	
sin conocer dulces hijos ni los presentes de Venus?	
¿Crees que se preocupan de esto las cenizas o los Manes enterrados?	
Sea: no pudo pretendiente alguno doblegarte	35
ni aquí, en Libia, ni antes en Tiro; Yarbás fue despreciado	
con otros caudillos a quienes África sustenta	
rica en triunfos. ¿Lucharás también contra un amor deseado?	
¿No tienes en cuenta de quién son los campos en que te has instalado?	
Por aquí las ciudades getulas, raza invencible en la guerra,	40
y los húmedas sin freno te rodean y la inhóspita Sirte;	
por allí una región desolada por la sed y los barceos	
furiosos. ¿Y qué decir de las guerras que se alzan en Tiro y las amenazas de tu hermano?	
Creo, sin duda, que por auspicios divinos y el favor de Juno	45
mantuvieron hasta aquí su curso en alas del viento las naves troyanas.	
¡Cómo has de ver esta ciudad, hermana, qué reinos has de ver surgir	
con una boda así! ¡Con qué hazañas se alzarán la gloria	
púnica servida por las armas de Troya!	
Pide sólo la venia de los dioses, con sacrificios adecuados	50
cuida la hospitalidad y trenza motivos para que se quede,	
mientras las tormentas y Orión lluvioso descargan su ira en el mar	
y las naves están aún sin reparar y el cielo tempestuoso.»	
Estas palabras su ánimo encendieron con amor desmedido,	
dieron esperanza a un corazón en duda y su pudor liberaron.	55
Al punto se dirigen a los templos y tratan de encontrar la paz	
por los altares; sacrifican a Ceres legisladora ovejas	
de dos años escogidas según el rito, y a Febo y al padre Lieo,	
y antes que a nadie a Juno, que cuida de los lazos conyugales.	
La propia Dido, bellísima, con la pátera en la diestra	60
vierte sus libaciones entre los cuernos de una blanca vaca,	
o da vueltas junto a los pingües altares bajo la mirada de los dioses	
y dedica el día a sus ofrendas y ansiosa consulta las entrañas	

palpitantes de las víctimas en los pechos abiertos de los animales. ¡Ay, mentes ignorantes de los vates! ¿De qué sirven los votos al demente, de qué los templos? Sigue la llama devorando las tiernas médulas y palpita en su pecho la herida, calladamente. Se consume Dido infeliz y vaga enloquecida por toda la ciudad como la cierva tras el disparo	65
que, incauta, el pastor persiguiéndola alcanzó con sus flechas en los bosques de Creta y le dejó el hierro volador sin saberlo: aquélla recorre en su huida bosques y quebradas dicteos; sigue la flecha mortal clavada a su costado. Ahora lleva consigo a Eneas por las murallas y le muestra las riquezas sidonias y una ciudad dispuesta,	70
comienza a hablar y se detiene de repente en la conversación. Ahora, al caer el día, busca de nuevo el banquete, y con insistencia reclama de nuevo escuchar, enloquecida, las fatigas de Ilión y de la boca del narrador se cuelga de nuevo. Después, cuando se van y la luna oscura oculta a su vez la luz y al caer las estrellas invitan al sueño,	75
languidece solitaria en una casa vacía y se acuesta en una cama abandonada. En su ausencia lo ve, ausente, y lo oye, o retiene en su pecho a Ascanio abrazando la imagen de su padre, por si engañar puede a un amor inconfesable. No crecen las torres comenzadas, no practica la juventud sus armas ni preparan los puertos o los baluartes	80
seguros en la guerra; interrumpidos quedan los trabajos y los enormes salientes de los muros y los andamios que llegaban al cielo. En cuanto la querida esposa de Júpiter advirtió que aquélla estaba atrapada por tal enfermedad y que la fama no frenaría la locura, se acerca a Venus la Saturnia con estas palabras: «Egregia en verdad alabanza y gran botín sacáis tú y tu hijo (gran y memorable numen),	85
si una sola mujer se ve vencida por el engaño de dos dioses. Y a mí no se me escapa que por temer nuestras murallas recelas de las casas de la alta Cartago. Mas, ¿cuál será el límite? ¿O a dónde vamos con tan gran disputa? ¿Por qué no acordar, mejor, eterna tregua con el pacto de un himeneo? Tienes ya lo que buscaste con todas tus ganas:	90
arde una Dido enamorada y corre por sus huesos la locura. Gobernemos, pues, sobre un pueblo común y con auspicios iguales; séale permitido servir a marido frigio y poner como dote bajo tu diestra a los tirios.»	95
A ésta (pues notó que había hablado con disimulo, para desviar a las costas de Libia el poder de Italia) así repuso Venus: «¿Quién con tan poco juicio para rechazar tal proyecto prefiriendo la guerra contigo? Ojalá que la suerte acompañe a cuanto acabas de exponer. Pero insegura del hado estoy: si querrá Júpiter que una sea	100
la ciudad de los tirios y los desterrados de Troya,	105
	110

o si aprobará que los pueblos se mezclen o que pactos se firmen.
A ti, su esposa, te toca tantear su voluntad con tus ruegos.
Inténtalo, te seguiré.» Así lo aceptó entonces Juno soberana:
«Ésa será mi tarea. Ahora, cómo lograr podemos lo que nos ocupa 115
en pocas palabras (atiende) te explicaré.
Eneas, y con él la muy desgraciada Dido,
se disponen a marchar al bosque a cazar en cuanto su orto primero
haya hecho salir el titán de mañana y desvele el orbe con sus rayos.
Yo a ellos les he de enviar desde lo alto un negro nubarrón de granizo, 120
mientras se apresuran los flancos y rodean el lugar con sus redes,
y agitaré con truenos el cielo entero.
El séquito huirá y les envolverá una noche espesa;
Dido y el jefe troyano en la misma cueva
se encontrarán. Allí estaré yo, y, si es firme hacia mí tu voluntad, 125
os uniré en estable matrimonio, consagrándola como legítima esposa.
Entonces se cumplirá el himeneo.» Accedió sin oponerse
Citera a su demanda, y rió por haber descubierto el ardid.
Entretanto la Aurora naciente abandonó el Océano.
Sale la flor de la juventud por las puertas al despuntar el alba, 130
amplias redes, trampas, venablos de ancha punta,
corren los jinetes masilos y el poderoso olfato de los perros.
Los principales de los púnicos junto al umbral aguardan
a la reina que se demora en el tálamo, y allí está, enjaezado
de púrpura y oro, su caballo que muerde con ímpetu el espumante freno. 135
Sale por fin rodeada de apretada compañía
y revestida de una clámide sidonia de bordada cenefa;
de oro lleva la aljaba, en oro se anudan sus cabellos
y una fibula de oro prende su vestido de púrpura.
Y no faltan tampoco los compañeros frigios 140
y el alegre Iulo. Por delante de todos, más hermoso que nadie,
Eneas se le ofrece de acompañante y reúne los escuadrones.
Como cuando abandona la Licia invernal y las corrientes
del Janto Apolo y rinde visita a la materna Delos,
y reanuda las danzas y cretenses y dríopes braman mezclados 145
en torno a los altares, y los tatuados agatirsos;
él, Apolo, recorre los collados del Cinto y ciñe su pelo
suelto con hojas tiernas, moldeándolo, y lo anuda con oro,
resuenan las flechas en sus hombros. No menos vigoroso
marchaba Eneas, tanta hermosura resplandece en el brillo de su rostro. 150
Luego que llegaron a lo alto del monte y a lugares intransitables,
he aquí que las cabras salvajes, arrojadas de lo alto de su roca,
se lanzan por las laderas; por otra parte, los ciervos
echan a correr en campo abierto y aprietan sus filas
en polvorienta huida y dejan los montes. 155
Allí está el joven Ascanio, gozoso en medio del valle
con brioso caballo, ganando a unos y otros en la carrera;
suplica con sus votos que entre los tardos rebaños le sea dado
un rabioso jabalí o que baje del monte rubio león.

Entretanto el cielo de terrible rugido empieza	160
a llenarse, sigue una tormenta mezclada con granizo	
y el séquito tиро, dispersado, y la juventud troyana	
y el dardanio nieto de, Venus asustados buscaron	
los techos de todos los campos; ríos bajan corriendo del monte.	
A la misma gruta Dido y el caudillo troyano	165
acuden. La Tierra, la primera, y Prónuba Juno	
dan la señal; brillaron los fuegos y cómplice el aire	
del casamiento en su alta cumbre ulularon las Ninfas.	
Aquél fue el primer día de la muerte y la causa primera	
de las desgracias; pues ni de apariencias ni de opinión se deja	170
llevar Dido ni planea ya un amor a escondidas:	
casamiento lo llama, con este nombre esconde su culpa.	
Se echa a andar al punto la Fama por las ciudades libias,	
la Fama: más rápido que ella no hay mal alguno;	
en sus movimientos se refuerza y gana vigor según avanza,	175
pequeña de miedo al principio, al punto se lanza al aire	
y camina por el suelo y oculta su cabeza entre las nubes.	
A ella la madre Tierra, irritada de ira contra los dioses,	
la última, según dicen, hermana de Encélado y de Ceo,	
la parió veloz de pies y ligeras alas,	180
horrendo monstruo, enorme, con tantas plumas en el cuerpo	
como ojos vigilantes debajo (asombra contarlos),	
como lenguas, como bocas le suenan, como orejas levanta.	
Vuela de noche estridente entre el cielo y la tierra	
por la sombra, y no rinde sus ojos al dulce sueño;	185
de día se sienta, vigilante, o en lo alto de un tejado	
o en las torres elevadas, y amedrenta a las grandes ciudades,	
mensajera tan firme de lo falso y lo malo cuanto de la verdad.	
En aquellos días llenaba gozosa de rumores diversos	
los pueblos e igual cantaba hechos verdaderos y no:	190
había llegado Eneas, nacido de sangre troyana,	
y se había dignado la hermosa Dido unirse a este hombre;	
templaban ahora su invierno con todo regalo descuidando	
sus obligaciones reales, atrapados en pasión vergonzosa.	
Difunde la diosa estas mentiras por la boca de los hombres.	195
Al punto dirige su rumbo hacia el rey Yarbás	
y enciende su corazón con palabras y aumenta su enojo.	
Éste, engendrado por Hamón y una ninfa Garamanta raptada,	
cien templos enormes a Júpiter en su ancho dominio	
levantó y cien altares y había consagrado un fuego vigilante,	200
eternas centinelas de los dioses, y un suelo empapado	
de sangre de animales, y dinteles florecidos de variadas guirnaldas.	
Pues éste, se dice, loco de ánimo y enfurecido por el amargo rumor,	
entre la majestad de los dioses y ante sus altares	
suplicante, muchos ruegos vertió con las manos alzadas:	205
«Júpiter todopoderoso a quien hoy el pueblo maurusio	
en sus banquetes, sobre bordados lechos, liba la ofrenda lenea.	

¿Ves esto? ¿Es que, padre, cuando blandes tus rayos nos espantamos en vano, y ciegos tus fuegos en las nubes aterrorizan los corazones e inane se agita su bramido?	210
Esa mujer que errante en nuestro territorio su pequeña ciudad estableció, por su precio, a quien un litoral entregamos para que lo arase y las leyes del lugar, nuestra boda rechazó y acogió a Eneas por dueño de sus dominios.	
Y ahora, el Paris ese con su afeminada comitiva, el mentón y el perfumado cabello con la mitra meonia ceñidos, disfruta de su rapto. ¡Y nosotros mientras presentes llevando a tus templos y alimentando una fama huera! »	215
A quien con tales palabras oraba abrazado a sus altares prestó oídos el Todopoderoso y dirigió sus ojos a las murallas reales y a unos amantes olvidados de mejor fama.	220
Entonces habla así a Mercurio, y así lo ordena: «Ea, ve, hijo. Convoca a los Céfiros y déjate caer con tus alas y al caudillo dardanio que en la tiria Cartago hoy se demora, sin ver las ciudades que le reserva el hado, háblale y llévale mis palabras por las rápidas auras.	225
Que no nos lo prometió así su bellísima madre ni lo salvó para esto dos veces de las armas griegas; habría de ser por el contrario quien gobernase una Italia preñada de poder y del estrépito de la guerra, origen de una raza de la noble sangre de Teucro, y daría sus leyes al orbe entero,	230
Si la gloria de futuro tan grande no le enciende ni le hace ponerse a la tarea su propia honra, ¿dejará a Ascanio su padre sin el alcázar romano?	
¿Qué trama o con qué esperanza se detiene en un pueblo enemigo, apartando sus ojos de la prole ausonia y los campos lavinius?	235
¡Que se haga a la mar! Esto es todo, y éste mi mensaje.» Había hablado. Se disponía aquél a obedecer de su augusto padre la orden, y primero anuda a sus pies los talares de oro que lo llevan ligero con sus alas bien sobre el mar bien sobre la tierra, con la rápida brisa.	240
Toma entonces la vara: con ella evoca a las pálidas almas del Orco, a otras las manda al triste Tártaro, da y quita los sueños y abre los ojos en la hora de la muerte.	
En ella confiado conduce los vientos y traspasa las nubes tempestuosas. Y ya volando divisa la cima y la escarpada ladera del duro Atlante que sostiene con su vértice el cielo, del Atlante, cuya pinífera cabeza ceñida de negros nubarrones azotan con frecuencia la lluvia y el viento,	245
la nieve caída le cubre los hombros y ríos bajan de su barbilla de anciano y se eriza espantosa su barba por el hielo.	250
Aquí se detuvo, en primer lugar, sosteniéndose el Cilenio en sus alas iguales; de aquí se lanzó con todo su cuerpo a las olas, al ave semejante que baja vuela sobre los mares, ya por las playas, ya por los acantilados llenos de peces.	255

No de otra forma entre las tierras y el cielo volaba
hacia la arenosa costa de Libia y cortaba los vientos
el nacido en Cilene que venía de su abuelo materno.
En cuanto tocó con sus aladas plantas las cabañas,
divisó a Eneas fundando fortalezas y construyendo 260
nuevas casas. Tenía la espada salpicada
de rubio jaspe y resplandecía con una capa de púrpura tibia
colgada de los hombros, presentes que la espléndida Dido
le hiciera y había bordado la tela con hilo de oro.
Y enseguida le aborda: «¿Tú te dedicas ahora a plantar los cimientos 265
de la alta Cartago y complaciente con tu esposa construyes deberes!
una hermosa ciudad? ¡Olvidas, ay, tu reino y tus propios
El propio rey de los dioses desde el Olimpo luminoso
me envía, el que cielo y tierra gobierna con su numen;
él mismo me ordena traerte estas órdenes por las rápidas auras: 270
¿qué tramas o con qué esperanza gastas tu tiempo en las tierras libias?
Si no consigue moverte la gloria de futuro tan grande,
mira cómo crece Ascanio y respeta las esperanzas de tu heredero
Iulo, a quien se deben el reino de Italia y la tierra romana.» 275
Tras hablar de esta manera dejó el Cilenio
su aspecto mortal sin aguardar respuesta
y desapareció de los ojos, lejos, hacia el aura tenue.
Así que enmudeció Eneas, perplejo por la visión,
y se erizaron de espanto sus cabellos y se le clavó la voz en la garganta. 280
Encendido está por preparar la huida y dejar tan dulces tierras,
atónito por el poder de tal consejo y orden de los dioses.
¡Ay! ¿Qué hacer? ¿Con qué palabras osará abordar hoy a la reina
enloquecida? ¿Cómo empezar a hablar?
Y divide su ánimo veloz acá y allá 285
y lo lleva a partes bien distintas y todo discurre.
Entre todas, ésta le pareció la opinión más prudente:
llama a Mnesteo y a Segesto y al fiero Seresto,
que dispongan con discreción la flota y reúnan en la playa a los compañeros,
que preparen las armas, disimulando cuál sea la causa 290
del cambio de planes; él entretando, puesto que nada sabe
la buena de Dido y no espera que se rompa amor tan grande,
trataría de encontrar la mejor ocasión para hablarle,
el modo mejor para sus intenciones. Rápidamente todos
obedecen alegres sus órdenes y se apresuran a ejecutarlas. 295
Pero la reina (¿hay quien pueda engañar a un enamorado?)
presintió la trampa y adivinó el siguiente paso la primera,
temiendo porque todo andaba bien. La despiadada Fama contó
a la apasionada que se estaba preparando la flota y disponiendo su partida.
Enloquece privada de la razón y recorre encendida toda la ciudad 300
como una bacante excitada ante el comienzo de sus ritos,
cuando la estimulan al oír a Baco las orgías
trienales y la llama el nocturno Citerón con su clamor.
Increpa por último a Eneas con estas palabras.

«¿Es que creías, pérfido, poder ocultar 305
tan gran crimen y marcharte en silencio de mi tierra?
¿Ni nuestro amor ni la diestra que un día te entregué
ni Dido que se ha de llevar horrible muerte te retienen?
¿Por qué, si no, preparas tu flota en invierno
y te apresuras a navegar por alta mar entre los Aquilones,
cruel? ¿Es que si no tierras extrañas y hogares 310
desconocidos buscases y en pie siguiera la antigua Troya,
habrías de ir a Troya en tus naves por un mar tempestuoso?
¿Es de mí de quien huyes? Por estas lágrimas mías y por tu diestra
(que no me he dejado, desgraciada de mí, otro recurso),
por nuestra boda, por el emprendido himeneo, 315
si algo bueno merecí de tu parte, o algo de la mía
te resultó dulce, ten piedad de una casa que se derrumba,
te lo ruego, y abandona esa idea, si hay aún lugar para las súplicas.
Por tu culpa los pueblos de Libia y los reyes de los númidas 320
me odian, en contra tengo a los tirios; también por tu culpa
perdí mi pudor y con lo que sola caminaba a las estrellas,
mi fama primera. ¿A quién me abandonas moribunda, mi huésped
(que sólo esto te queda de tu antiguo nombre de esposo)?
¿Qué puedo esperar? ¿Tal vez que arrase mis murallas mi 325
hermano Pigmalión o que prisionera me lleve el getulo Yarbas?
Si al menos hubiera recibido de ti algún retoño
antes de tu huida, si algún pequeño Eneas
me jugase en el patio, que te llevase de algún modo en su rostro,
no me vería entonces de esta manera atrapada y abandonada.» 330
Dijo. Él no apartaba sus ojos de los mandatos
de Júpiter y a duras penas ocultaba el dolor en su corazón.
Responde por fin en pocas palabras: «Yo a ti de cuanto
puedas decir, reina, nunca te negaré
merecedora, ni me avergonzará acordarme de Elisa 335
mientras de mí mismo tenga memoria, mientras un hálito gobierne mis miembros.
Poco añadiré en mi defensa. Ni yo traté de ocultar mi huida
con una estratagema (no inventes), ni nunca del esposo
te ofrecí las antorchas o me comprometí a pacto tal.
Yo, si mis hados me permitieran guiar mi vida 340
según mis deseos y buscar mis propias preocupaciones,
habilitaría primero la ciudad de Troya y las dulces
reliquias de los míos, en pie seguirían las altas moradas
de Príamo y por mi mano habría levantado de nuevo Pérgamo para los vencidos.
Pero he aquí que Apolo Grineo a la grande Italia,
a Italia las suertes licias me ordenaron marchar; 345
ése es mi amor, ésa mi patria. Si a ti, fenicia, las murallas
te retienen de Cartago y la vista de una ciudad libica,
¿por qué, di, te parece mal que los teucros se establezcan
en tierra ausonia? También nosotros podemos buscar reinos lejanos.
A mí la turbia imagen de mi padre Anquises, cada vez que la noche 350
cubre la tierra con sus húmedas sombras, cada vez que se alzan

los astros de fuego, en sueños me advierte y me asusta;
 y mi hijo Ascanio y el daño que hago a su preciosa vida,
 a quien dejo sin reino en Hesperia y sin las tierras del hado. 355
 Ahora, además, el mensajero de los dioses mandado por el propio Jove
 (lo juro por tu cabeza y la mía) me trajo por las auras veloces
 sus mandatos: yo mismo vi al dios bajo una clara luz
 entrar en estos muros y bebí su voz con sus propios oídos.
 Deja ya de encenderme a mí y a ti con tus quejas; 360
 que no por mi voluntad voy a Italia.»
 Hace rato le mira mientras habla con malos ojos,
 los revuelve aquí y allá, y todo lo recorre
 con silenciosa mirada y así estalla por último:
 «Ni una diosa fue el origen de tu raza ni descendes de Dárdano,
 pérfido, que fue el Cáucaso erizado de duros peñascos 365
 quien te engendró y las tigresas de Hircania te ofrecieron sus ubres.
 Pues, ¿por qué disimulo o a qué faltas mayores me reservo?
 ¿Es que se ablandó con mi llanto? ¿Bajó acaso la mirada?
 ¿Se rindió a las lágrimas o tuvo piedad de quien tanto le ama?
 ¿Qué pondré por delante? ¡Si ya ni la gran Juno 370
 ni el padre Saturnio contemplan esto con ojos justos!
 No hay lugar seguro para la lealtad. Arrojado en la costa,
 lo recogí indigente y compartí, loca, mi reino con él.
 Su flota perdida y a sus compañeros salvé de la muerte
 (¡ay, las Furias encendidas me tienen!), y ahora el augur Apolo 375
 y las suertes licias y hasta enviado por el propio Jove
 el mensajero de los dioses le trae por las auras las horribles órdenes.
 Es, sin duda, éste un trabajo para los dioses, este cuidado inquieta
 su calma. Ni te retengo ni he de desmentir tus palabras:
 vete, que los vientos te lleven a Italia, busca tu reino por las olas. 380
 Espero confiada, si algo pueden las divinidades piadosas,
 que suplicio hallarás entre los peñascos y que repetirás entonces
 el nombre de Dido. De lejos te perseguiré con negras llamas
 y, cuando la fría muerte prive a estos miembros de la vida, 385
 sombra a tu lado estaré por todas partes. Pagarás tu culpa, malvado.
 Lo sabré y esta noticia me llegará hasta los Manes profundos.»
 Con estas palabras da la conversación por terminada y, afligida,
 se aparta de las auras y se aleja, y se esconde de todas las miradas,
 dejando a quien mucho dudaba de miedo y mucho se disponía
 a decir. La recogen sus sirvientes y su cuerpo sin sentido 390
 levantan del lecho marmóreo y lo colocan en su cama.
 Y el piadoso Eneas, aunque quiere con palabras de consuelo
 mitigar su dolor y disipar sus cuitas,
 entre grandes suspiros quebrado su ánimo por un amor tan grande,
 cumple sin embargo con los mandatos de los dioses y revisa la flota. 395
 Se esfuerzan entonces los teucros y arrastran al mar por toda
 la costa las altas naves. Nada la quilla embreada,
 traen de los bosques hojosos remos y maderos
 toscos en su afán por huir.

Se les ve de un lado para otro y bajar de toda la ciudad, 400
 como cuando arramplan las hormigas con su carga de farro
 pensando en el invierno y la ponen en su refugio;
 avanza por los campos el negro batallón y en angosto sendero
 arrastra su botín entre las hierbas; unas los granos mayores 405
 empujan con los hombros, otras cuidan la formación
 y azuzan a las retrasadas, hierve el camino entero con su trabajo.
 ¡Qué sentías entonces, Dido, al contemplar todo eso!
 ¡Qué gemidos no dabas al ver de lo alto de la muralla
 hervir el litoral entero y animarse
 ante tus ojos la llanura con tanto griterío! 410
 ¡ímprobo Amor, a qué no obligas a los mortales pechos!
 De nuevo a recurrir a las lágrimas, a intentarlo de nuevo con ruegos
 y, suplicante, se ve obligada a domeñar sus ánimos ante el amor,
 que no ha de dejar nada sin probar en vano la que va a morir. 415
 «Ana, ves cómo por toda la costa se apresuran,
 de todas partes acuden; que la vela solicita ya las brisas
 y hasta gozosos los marinos colocaron guirnaldas sobre sus popas.
 Yo, si pude aguardar a este dolor tan grande,
 también, hermana mía, podré aguantarlo. Sólo esto en mi desgracia 420
 concédeme, Ana. Que sólo a ti te respetaba aquel pérvido,
 y a ti te confiaba también sus secretos sentimientos;
 sólo tú conocías sus momentos mejores y su disposición.
 Ve, hermana mía, y habla suplicante a un enemigo orgulloso:
 no juré yo con los dánaos en Áulide la destrucción 425
 del pueblo troyano, ni envié contra Pérgamo mi flota,
 ni he violado las cenizas de su padre Anquises, ni sus Manes.
 ¿Por qué no deja que lleguen mis palabras a sus duros oídos?
 ¿Hacia dónde corre? Que al menos dé un último presente a la amante desgraciada:
 que espere una huida fácil y unos vientos propicios. 430
 No reclamo ya el compromiso aquel que ha traicionado,
 ni que se quede sin su hermoso Lacio o abandone su reino;
 pido un tiempo muerto, descanso y tregua para mi locura,
 mientras mi suerte me enseña a soportar el dolor de la derrota.
 Éste es el último favor que pido (ten piedad de tu hermana) 435
 y, si me lo concede, con creces se lo pagaré con mi muerte.»
 De esta manera suplicaba y tales llantos la desgraciada
 hermana lleva y vuelve a llevar. Mas a él no hay lágrima
 que lo conmueva ni quiere escuchar palabra alguna:
 los hados se lo impiden y un dios le tapa los oídos imperturbables. 440
 Y como cuando de un lado y de otro los Bóreas alpinos
 se pelean por arrancar la robusta encina de añoso tronco
 con sus soplidos; braman, y las altas ramas
 caen a tierra desde la copa golpeada;
 ella, sin embargo, a las rocas se clava y tanto su punta eleva 445
 a las auras etéreas como llega hasta el Tártaro con la raíz:
 no de otro modo se ve batido el héroe de una y otra parte
 con insistencia, y en lo hondo de su noble pecho siente las cuitas;

firme sigue su propósito, las lágrimas ruedan inanes.
 Entonces, aterrorizada por su sino, la infeliz Dido
 busca la muerte; odia contemplar ya la bóveda del cielo. 450
 Y para más animarse a sacar adelante su plan y abandonar la luz,
 vio (horrible presagio), al dejar sus ofrendas sobre las aras
 donde arde el incienso, que negros se ponían los líquidos sagrados
 y sangre impura volverse los vinos libados;
 y a nadie contó lo que había visto, ni a su hermana siquiera. 455
 Además, había en su casa de mármol un templo
 del antiguo esposo, que honraba con honor admirable,
 adornado de níveos vellones y fronda festiva;
 de aquí le pareció oír sus voces y palabras,
 que la llamaba, cuando la oscura noche se apoderaba de la tierra, 460
 y que por los tejados un búho solitario con fúnebre canto
 se lamentaba a menudo hasta convertir su larga voz en llanto.
 Y muchas predicciones además de antiguos vates
 la aterrorizan con terrible advertencia. La persigue fiero Eneas
 en persona en sus sueños de loca y siempre se ve a sí misma 465
 sola, abandonada, siempre sin compañía marchando
 por un largo camino y en una tierra desierta buscar a los tirios,
 como Penteo ve en su locura de las Euménides la tropa
 y aparecer dos soles gemelos y una doble Tebas, 470
 como aparece Orestes en la escena, hijo de Agamenón,
 cuando huye de su madre armada de antorchas y negras
 serpientes y en el umbral están sentadas las Furias vengadoras.
 Así que cuando, vencida por la pena, la invadió la locura
 y decretó su propia muerte, el momento y la forma planea 475
 en su interior, y dirigiéndose a su afligida hermana
 oculta en su rostro la decisión y serena la esperanza en su frente:
 «He encontrado, hermana, el camino (felicítame)
 que me lo ha de devolver o me libraré de este amor.
 Junto a los confines del Océano y al sol que muere 480
 está la región postrera de los etíopes, donde el gran Atlante
 hace girar sobre su hombro el eje tachonado de estrellas:
 de aquí me han hablado de una sacerdotisa del pueblo masilo,
 guardiana del templo de las Hespérides, la que daba al dragón
 su comida y cuidaba en el árbol las ramas sagradas, 485
 rociando húmedas mieles y soporífera adormidera.
 Ella asegura liberar con sus encantamientos cuantos corazones
 desea, infundir por el contrario a otros graves cuitas,
 detener el agua de los ríos y hacer retroceder a los astros,
 y conjura a los Manes de la noche. Mugir verás 490
 la tierra bajo sus pies y bajar los olmos de los montes.
 A ti, querida hermana, y a los dioses pongo por testigos
 y a tu dulce cabeza, de que a disgusto me someto a la magia.
 Tú levanta en secreto una pira dentro del palacio,
 al aire, y sus armas, las que dejó el impío colgadas 495
 en el tálamo y todas sus prendas y el lecho conyugal

en el que perecí, ponlos encima: todos los recuerdos de un hombre nefando quiero destruir, y lo indica la sacerdotisa.» Dice estoy se calla, e inunda la palidez su rostro.	
Ana no advierte, sin embargo, que su hermana bajo ritos extraños oculta su propio funeral, ni imagina en su mente locura tan grande o teme desgracia mayor que la muerte de Siqueo. Así que obedece sus órdenes.	500
La reina al fin, levantada la enorme pira al aire en lugar apartado con teas de pino y de encina, adorna el lugar con guirnaldas y lo corona de ramas funerales; encima las prendas y la espada dejada y un retrato sobre el lecho coloca sin ignorar el futuro.	505
Altares se alzan alrededor y la sacerdotisa, suelto el cabello, invoca con voz de trueno a sus trescientos dioses, y a Érebo y Caos y Hécate trigémina, los tres rostros de la virgen Diana.	510
Y había asperjado líquidos fingidos de la fuente del Averno, y se buscan hierbas segadas con hoces de bronce a la luz de la luna, húmedas de la leche del negro veneno; se busca asimismo el filtro arrancado de la frente del potrillo mientras nacía, quitándoselo a su madre.	515
La propia reina junto a los altares, con uno de sus pies desatado, la harina sagrada en las piadosas manos y el vestido suelto, pone por testigos a los dioses de que va a morir y a las estrellas sabedoras del destino, y reza entonces al numen justo y memorioso, si es que lo hay, que cuida de los amores no correspondidos.	520
La noche era, y gozaban del plácido sopor los cuerpos fatigados por las tierras, y habían callado los bosques y las feroces llanuras, cuando giran los astros en mitad de su caída, cuando enmudece todo campo, los ganados y las pintadas aves, cuanto los líquidos lagos y cuanto los campos erizados de zarzas habita, entregado al sueño bajo la noche callada.	525
Mas no la fenicia de infeliz corazón, en ningún momento se abandona al sueño o acoge en sus ojos o en su pecho a la noche: se le doblan las penas y alzándose de nuevo amor la mortifica y fluctúa en gran tormenta de ira.	530
Así vuelve a insistir y así da vueltas consigo en su corazón: «¿Qué hago, ay! ¿He de servir de burla a mis antiguos pretendientes? ¿Buscaré matrimonio suplicante entre los númidas, a quienes ya tantas veces desdeñé como maridos?	535
¿He de seguir si no a las naves de Ilión y las orgullosas órdenes de los teucros? ¿Tal vez por la ayuda con la que les salvé aún permanece en su memoria el agradecimiento por mi acción?	540
Mas aun si así lo quiero, ¿quién lo permitirá y odiosa me acogerá en las naves soberbias? ¿Acaso no lo sabes, pobre de ti, y no conoces aún los perjuicios del pueblo de Laomedonte?	
¿Qué, entonces? ¿Acompañaré sola en su huida a los victoriosos marinos o con los tirios y todo el apretado grupo de los míos me dejaré llevar lanzando de nuevo a las aguas a cuantos a la fuerza	545

arranqué de la ciudad sidonia y ordenaré dar velas al viento?
 No, no. Muere, te lo has ganado, y aleja tu sufrir con la espada.
 Tú vencida por mis lágrimas; tú, hermana mía, mi locura
 cargas la primera de desgracias y me ofreces al enemigo.
 No he podido pasar mi vida sin bodas y sin culpa, 550
 como las fieras salvajes, sin probar cuitas tales;
 no he mantenido la palabra dada a las cenizas de Siqueo.»
 Lamentos tan grandes rompía ella en su pecho:
 Eneas, decidido a partir, en lo alto de su popa
 gozaba sus sueños tras disponerlo todo según el rito. 555
 En sueños se le presentó la imagen del dios que volvía
 con el mismo rostro y así de nuevo le pareció decir,
 en todo semejante a Mercurio, en la voz y el color,
 así como los rubios cabellos y el cuerpo de juventud adornado:
 «Hijo de la diosa, ¿puedes dormir en una hora como ésta,
 por más que ves el peligro acechar a tu alrededor, 560
 inconsciente, y no oyes cómo los Céfiros su favor te brindan?
 Mira que esa mujer trama en su pecho engaños y un horrendo crimen,
 dispuesta a morir, y suscita diversas tempestades de ira.
 ¿No te marchas al punto de aquí, ahora que puedes escapar? 565
 Has de ver el mar enturbiarse de maderos, y crueles antorchas
 encenderse, el litoral hervir en llamas,
 si la Aurora te sorprende entretenido aún por estas tierras.
 Ea, ánimo. Date prisa, que cosa varia es siempre y mudable
 la mujer.» Tras así decir se confundió con la negra noche. 570
 Entonces, por fin, Eneas, asustado por las sombras repentinas,
 saca su cuerpo del sueño y a sus compañeros fatiga
 presurosos: «¡Atentos, amigos, y a los remos!
 ¡Soltad las velas, rápido! Que un dios ha llegado del alto cielo
 a precipitar la marcha y las retorcidas amarras nos anima
 de nuevo a desatar. Vamos tras de ti, santo dios, 575
 quienquiera que seas, y gozosos te obedecemos de nuevo.
 Asístenos favorable y ayúdanos y ponnos los astros
 propicios en el cielo.» Dijo, y saca la espada de la vaina
 relampagueante y corta con golpe preciso las sogas.
 El mismo ardor se apodera de todos, y se lanzan y corren; 580
 dejaron las playas, se esconde el mar bajo las naves,
 se esfuerzan en agitar la espuma y barren las olas azules.
 Y ya la Aurora primera regaba las tierras con nueva claridad,
 abandonando el lecho azafrán de Titono. 585
 La reina cuando desde su atalaya vio blanquear la luz
 primera y a la flota avanzar con las velas en línea,
 y notó playas y puertos vacíos y sin remeros,
 golpeando tres y cuatro veces con la mano su hermoso pecho
 y mesándose el rubio cabello: « ¡Por Júpiter! ¿Se va a marchar
 éste?», dice. «¿Se burlará un extranjero de mi poder? 590
 ¿No tomarán los míos las armas y bajarán de la ciudad entera,
 no arrancarán las naves de sus diques? ¡Id,

volad presurosos con el fuego, disparad las flechas, impulsad los remos!	
¿Qué estoy diciendo? ¿Dónde estoy? ¿Qué locura agita mi mente?	
Pobre Dido, ¿ahora te afectan las impías acciones?	595
Debiste hacerlo al tiempo de entregarle tu cetro. ¡Ay, diestra y promesa!	
¡Y dicen que lleva consigo los patrios Penates,	
que ofreció sus hombros a un padre vencido por la edad!	
¿Es que no pude destrozar su cuerpo y esparcir por las olas	
sus pedazos? ¿Ni pasar por la espada a sus compañeros	600
y al propio Ascanio, y servirlo luego en la mesa de su padre?	
Mas incierta habría sido la fortuna del combate. ¡Igual daba!	
¿A quién temer, si iba ya a morir? Antorchas habría lanzado contra su campamento	
y habría llenado de fuego todas sus esquinas, y al hijo y al padre	605
habría liquidado con su pueblo, y yo misma me habría lanzado a la hoguera.	
¡Oh, Sol, que todos los afanes de la tierra iluminas con tus rayos!	
¡Y tú, Juno, intérprete y sabedora de mis cuitas,	
y Hécate, ululada de noche en los cruces de las ciudades,	
y Furias de la venganza y dioses de Elisa que se muere!	
Aceptad esto, caed sobre los malvados con justo numen	610
y escuchad nuestras plegarias. Si es preciso que arribe	
a puerto este ser infando y navegue hasta tierra,	
y así lo exigen los hados de Jove y está determinado este final,	
que al menos perseguido por la guerra y las armas de un pueblo audaz,	
expulsado de sus territorios, arrancado del abrazo de Iulo	615
implore auxilio y contemple las muertes indignas	
de los suyos, y que, cuando se haya colocado bajo una ley	
inicia, ni disfrute del reino ni de la luz ansiada,	
sino que caiga antes de tiempo y quede insepulto en la arena.	
Esto pido, esta voz mía derramada la última junto con mi sangre.	620
Luego vosotros, tirios, perseguid con odio a su estirpe	
y a la raza que venga, y dedicad este presente	
a mis cenizas. No haya ni amor ni pactos entre los pueblos.	
Y que surja algún vengador de mis huesos	
que persiga a hierro y fuego a los colonos dardanios	625
ahora o más tarde, cuando se presenten las fuerzas.	
Costas enfrentadas a sus costas, olas contra sus aguas	
imploro, armas contra sus armas: peleen ellos mismos y sus nietos.»	
Esto dice, y a todas partes dirigía su ánimo,	630
buscando romper cuanto antes una luz odiada.	
Y entonces habló brevemente a Barce, nodriza que fue de Siqueo,	
que a la suya negra ceniza tenía en su antigua patria:	
«A Ana, mi querida nodriza, llama aquí a mi hermana.	
Dile que se apresure a lavar su cuerpo con agua del río,	635
y que traiga consigo los animales y las víctimas prescritas.	
Que venga así, y tú misma ciñe tus sienes con las ínfulas santas.	
El sacrificio a Júpiter Estigio que comencé y dispuse según el rito,	
tengo intención de cumplirlo y acabar así con mis cuitas	
entregando a las llamas la pira del dardanio.»	
Así dice. Y ya apresuraba la otra el paso con senil afán.	640

Mas Dido, enfurecida y trémula por su empresa tremenda,
 volviendo sus ojos en sangre y cubriendo de manchas
 sus temblorosas mejillas y pálida ante la muerte cercana,
 irrumpe en las habitaciones de la casa y sube furibunda 645
 a la pira elevada y la espada desenvaina
 dardania, regalo que no era para este uso.
 En ese momento, cuando las ropas de Ilión y el lecho conocido
 contempló, en breve pausa de lágrimas y recuerdos,
 se recostó en el diván y profirió sus últimas palabras:
 «Dulces prendas, mientras los hados y el dios lo permitían, 650
 acoged a esta alma y libradme de estas angustias.
 He vivido, y he cumplido el curso que Fortuna me había marcado,
 y es hora de que marche bajo tierra mi gran imagen.
 He fundado una ciudad ilustre, he visto mis propias murallas,
 castigo impuse a un hermano enemigo tras vengar a mi esposo: 655
 feliz, ¡ah!, demasiado feliz habría sido si sólo nuestra costa
 nunca hubiesen tocado los barcos dardanios.»
 Dijo, y, la boca pegada al lecho: «Moriremos sin venganza,
 mas muramos», añade. «Así, así me place bajar a las sombras. 660
 Que devore este fuego con sus ojos desde alta mar el troyano
 cruel y se lleve consigo la maldición de mi muerte.»
 Había dicho, y entre tales palabras la ven las siervas
 vencida por la espada, y el hierro espumante
 de sangre y las manos salpicadas. Se llenan de gritos los altos 665
 atrios: enloquece la Fama por una ciudad sacudida.
 De lamentos resuenan los techos y de los gemidos
 y el ulular de las mujeres, el éter de gritos horribles,
 no de otro modo que si Cartago entera o la antigua Tiro
 cayeran ante el acoso del enemigo y llamas enloquecidas 670
 se agitasen por igual en los tejados de los dioses y de los hombres.
 Lo oyó su hermana sin aliento y en temblorosa carrera
 asustada, hiriéndose la cara con las uñas y el pecho con los puños,
 se abalanza y llama por su nombre a la agonizante:
 «¿Así que esto era, hermana mía? ¿Con trampas me requerías?
 ¿Esto esa pira, estos fuegos y altares me reservaban? 675
 ¿Qué lamentaré primero en mi abandono? ¿Desprecias en tu muerte
 la compañía de tu hermana? Me hubieras convocado a un sino igual,
 que el mismo dolor y la misma hora nos habrían llevado a ambas.
 ¿He levantado esto con mis manos y con mi voz he invocado
 a los dioses patrios para faltarte, cruel, en tu muerte? 680
 Has acabado contigo y conmigo, hermana, con el pueblo y los padres
 sidonios y con tu propia ciudad. Dejadme, lavaré sus heridas
 con agua y si anda errante aún su último aliento
 con mi boca lo he de recoger.» Dicho esto había subido los altos escalones, 685
 y daba calor a su hermana medio muerta con el abrazo de su pecho
 entre lamento y con su vestido secaba la negra sangre.
 Cayó aquélla tratando de alzar sus pesados ojos
 de nuevo; gimíó la herida en lo más hondo de su pecho.

Tres veces apoyada en el codo intentó levantarse, 690
tres veces desfalleció en el lecho y buscó con la mirada perdida
la luz en lo alto del cielo y gimió profundamente al encontrarla.
Entonces Juno todopoderosa, apiadada de un dolor tan largo
y de una muerte difícil a Iris envió desde el Olimpo
a quebrar un alma luchadora y sus atados miembros. 695
Que, como no reclamada por su sino ni por la muerte se marchaba
la desgraciada antes de hora y presa de repentina locura,
aún no le había cortado Prosérpina el rubio cabello
de su cabeza, ni la había encomendado al Orco Estigio.
Iris por eso con sus alas de azafrán cubiertas de rocío 700
vuela por los cielos arrastrando contra el sol mil colores
diversos y se detuvo sobre su cabeza. «Esta ofrenda a Dite
recojo como se me ordena y te libero de este cuerpo.»
Esto dice y corta un mechón con la diestra: al tiempo todo
calor desaparece, y en los vientos se perdió su vida. 705

LIBRO V: *Descripción de los juegos fúnebres en honor de Anquises, el padre de Eneas, muerto en Sicilia.*

LIBRO VI

Encuentro entre Dido y Eneas en el Hades

[...]El gigante Cérbero hace resonar con su triple ladrido
estos reinos tumbados a lo largo delante de la gruta.
La vidente, al ver que ya erizaba sus cuellos de serpientes,
una torta soporosa de miel le arroja y frutas 420
medicinales. Él, abriendo sus tres gargantas con hambre rabiosa,
la coge al vuelo, y relaja sus gigantescos miembros
tendido en el suelo y enorme se extiende por el antro.
Se lanza Eneas a la entrada, sepultado el guardián en el sueño,
y abandona raudo la orilla del río sin retorno. 425
De pronto se escucharon voces y un gran gemido
y ánimas de niños llorando, en el umbral justo,
a quienes, sin gozar de la dulce vida y arrancados del seno
los robó el negro día y los sepultó en amarga muerte;
junto a ellos, los condenados a muerte sin motivo. 430
Y en verdad no se asignan estos lugares sin juez ni sorteo:
Minos el inquisidor mueve la urna; él convoca
la asamblea silenciosa y discierne las vidas y las culpas.
El lugar inmediato lo ocupan esos desgraciados inocentes
que con su mano se dieron muerte y de la luz hastiados 435
se quitaron la vida. ¡Cómo desearían en el alto éter ahora
soportar su pobreza y las duras fatigas!
La ley se interpone, y la odiosa laguna de triste onda
les ata y la Estige les retiene nueve veces derramada.
No lejos de aquí se extienden hacia todas partes 440
las Llanuras del Llanto; con este nombre las llaman.

Aquí a los que duro amor de cruel consunción devoró
 ocultan senderos escondidos y un bosque de mirto
 los envuelve; ni en la muerte les dejan sus cuitas.
 Por estos lugares distingue a Fedra y a Procris y a la triste 445
 Erifile mostrando las heridas de su cruel hijo,
 y a Evadne y Pasífae; Laodamía les acompaña
 y Céneo, mozo un día y hoy mujer de nuevo,
 vuelta a su antigua figura por obra del destino.
 Entre todas ellas la fenicia Dido, reciente aún su herida, 450
 errante andaba por la gran selva; el héroe troyano
 en cuanto llegó a su lado y la reconoció oscura
 entre las sombras, como el que a principios de mes
 ve o cree haber visto alzarse la luna entre las nubes,
 lágrimas vertió y le habló con dulce amor: 455
 «Infeliz Dido, ¿así que cierta era la noticia
 que me llegó de que habías muerto y buscado el final con la espada?
 ¿Fui entonces yo, ¡ay!, la causa de tu muerte? Por los astros
 juro, por los dioses y por la fe que haya en lo profundo de la tierra;
 contra mi deseo, reina, me alejé de tus costas. 460
 Que los mandatos de los dioses, que ahora a ir entre sombras,
 por lugares desolados me fuerzan y una noche cerrada,
 me obligaron con su poder, y creer no pude
 que con mi marcha te causara un dolor tan grande.
 Detente y no te apartes de mi vista. 465
 ¿De quién huyes? Por el hado, esto es lo último que decirte puedo.»
 Con tales palabras Eneas trataba de calmar el alma
 ardiente de torva mirada, y lágrimas vertía.
 Ella, los ojos clavados en el suelo, seguía de espaldas 470
 sin que más mueva su rostro el discurso emprendido
 que si fuera de duro pedernal o de roca marpesia.
 Se marchó por fin y hostil se refugió
 en el umbroso bosque donde su esposo primero, Siqueo,
 comparte sus cuitas y su amor iguala.
 Eneas por su parte emocionado con el suceso inicuo 475
 y mientras se aleja, llorando la sigue de lejos y se compadece.[...]

Fuente: VIRGILIO, *Eneida*, traducción de Rafael Fontán Barreiro, Alianza Editorial